

¿Por qué D^a Inés no podría dominar al rey hijo?

Poner en pugna á la rejeta con el rey menor de edad, era el gran problema.

Conseguir el cariño de Carlos II era el medio.

Carlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á D^a Inés? Ella sabría despertar en aquel jóven corazón ignoradas pasiones y desconocidos sentimientos.

S él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era irrealizable, y D^a Inés estaba decidida á todo.

VII.

Como D^a Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazón de un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

EN el año de 1675 se le habia puesto ya su casa al rey. Valenzuela, como árbitro de todos los destinos, habia hecho los nombramientos á su gusto; procurando y creyendo con esto, atraerse amigos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayor-domo mayor; el Almirante de Castilla, caballero mayor y el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian naturalmente poseer su confianza; meditó unirse D^a Inés para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores amigos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la casa de éste.

D^a Inés, que no tenia ya interés en permanecer en palacio, solicitó separarse del lado de S. M. pretestando una enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó para que le fuese concedido sin dificultad.

D^a Inés, en la casa de su padre, procuró una oportunidad para encontrarse á solas con el duque, y lo consiguió.

El duque no era un jóven, pero aún estaba en la fuerza de la edad; esto era tanto como estar todavía en estado de ser bloqueado y aún rendido por los dos lindos ojos de D^a Inés.

La jóven lo comprendía: ¿qué mujer no conoce al primer golpe de vista la combustibilidad de un hombre? ¿qué mujer no comprende en qué corazon es capaz de abrir una brecha?

Hay hombres de los cuales puede una mujer asegurar sin vacilacion que están libres solo por la misericordia ó por la indiferencia de ella, y la hija del marqués de Medina no era de las mas torpes en este conocimiento, ni el duque de Albuquerque le parecia á ella una plaza tan inespugnable, como Sagunto ó Numancia.

Aprovechó la primera oportunidad y comenzó las operaciones de la campaña: para llegar al niño necesitaba rendir al hombre: era preciso hacer del duque un aliado para tener en el jóven rey un instrumento.

—Contento debe estar vuesa merced—dijo al duque—al lado de S. M. el rey, que segun me dicen tiene un natural amable y bondadoso.

—Lo estoy en efecto—contestó el duque—que S. M., aún siendo como es un niño, en su temprana edad manifiesta tanta discrecion que envidiarle podria un anciano experimentado; pero á propósito, si no temiera pasar por indiscreto, me atreveria á preguntar á vuesa merced, señora, ¿por qué motivo se ha separado del lado de la reina? decíanme que vuesa merced era una de las damas á quien mas distinguía.

—Así era en verdad, pero hay ocasiones en que no es posible hacer lo que se desea; de buen grado hubiera seguido al lado de S. M.

—¿Pues qué le ha impedido hacerlo á vuesa merced?

—Quizá sea hoy la primera vez que lo confiese, y eso merced á la gran confianza que me inspira la caballerosidad de vuesa merced y el cariño con que siempre me ha distinguido. . . .—D^a Inés lanzó al duque una mirada tan dulce, que él tuvo necesidad de contenerse para no hacer una locura.

—En palacio—continuó D^a Inés—las cosas van muy mal; perdóneme vuesa merced esta confianza, pero la verdad es que ya D. Fernando de Valenzuela manda en el reino tan á su sabor como no lo hizo en sus tiempos el padre Nitar-do, y S. M. le escucha y le atiende como ni escuchó ni atendió nunca á su confesor.

El duque, como todo hombre que habla con una mujer que le alucina, aprovechó la oportunidad para tratar de puntos amorosos.

—¿Y cree vuesa merced—dijo á D^a Inés—que sea cierto eso que el vulgo refiere acerca de los amores de Su Majestad?

—Para contestar necesito antes hacer á vuesa merced otra pregunta, ¿estuvo vuesa merced en la última lid de toros?

—Sí, ciertamente.

—Entonces no sé cómo me pregunta de los amores de S. M.

—¿Por qué?

—¿Recuerda vuesa merced lo que allí pasó el primer día? Valenzuela se presentó en la arena con plumero blanco y

negro, que por la viudedad, son los colores de la reina nuestra señora.

—En efecto.

—En el pecho llevaba atravesada una ancha banda, negra también, y en bordado de plata, una águila que miraba al sol; ¿y recordará vuesa merced el mote?

—No recuerdo.

—Este, que harto significativo es en verdad, en derredor del águila decía: *solo yo tengo licencia*.

—Soberbio mote.

—Y el mismo que tenía en los juegos de cañas en derredor de un Júpiter tonante.

—Esto tanto quiere decir.....

—Como que *él solo tiene licencia*.

—Pluguiese á Dios que yo pudiera decir lo mismo—dijo intencionalmente el duque.

—¿Por S. M?—preguntó maliciosamente D^a Inés.

—Si por jerarquía no es majestad, la dama en quien pensaba al decir eso, reina y señora es por su belleza y discreto ingenio.

El duque quería aprovechar la oportunidad, porque D^a Inés le seducía, y D^a Inés estaba muy dispuesta á sucumbir porque necesitaba del duque, pero él no lo sabía y estaba tímido.

—¿Y quién es ese portento de belleza?—preguntó la joven fingiendo inocencia....

—Es una tan modesta belleza que oye mis palabras y cree que se dirijen á otra, que se oye proclamar la reina de las hermosas y aún busca quién es la reina.

—¡Ay!—dijo D^a Inés—¿pero está aquí con nosotros alguna dama? y volvió el rostro como buscando si estaba

allí otra mujer á quien pudiesen convenir las galanterías del duque.

—¿Lo ha visto vuesa merced, señora? ¿quién busca en este momento otra dama á quien aplicar el justo homenaje que se la tributa?

—Entonces yo!.....

—Sí, vos, señora: ¿qué tendría de extraño que yo tuviera honra y grandeza en servir á vuesa merced?

—De extraño nada, señor duque.... pero.... quizá no lo creería yo tan fácilmente.

—Sí lo creería vuesa merced, porque el amor no necesita pruebas, sino que al punto se adivina, se palpa si es cierto ó fingido.

—Al menos algo de constancia en el pretender.

—Eso no lo haría por cierto mejor, que el oro es oro, probado ó no.

—¿Pero y si no lo fuera?

—Os respondo de que lo es.

—¿Quién sabe? ¿Se sujetaría vuesa merced á la prueba?

—Es decir, señora, al tormento.

—Por ser como dice vuesa merced tan gran bien el que ha apetecido....

—Me sujeto, si al fin viene el premio.....

—Vencida la prueba, vendrá.....

Prolongóse así un poco la conversacion con esas frases triviales de los amantes que no entran aún de frente en materia, y el duque se retiró lleno de ilusiones y D^a Inés quedó llena de esperanzas.

Uno al otro creían haberse engañado, pero en aquella partida la dama debía triunfar; ella sabía el objeto que guiaba al duque, y él ignoraba el plan de su enemiga.

Desde aquel día las visitas del duque á la casa del marqués de Rio-florido fueron diarias; el marqués, siguiendo sus costumbres, se preocupaba muy poco de lo que hacia su hija, y ésta no perdía ocasión de hablar con el nuevo galán, avanzando cada vez más y más en la conquista de su voluntad.

Llegaron al fin á tratarse con la confianza del amor correspondido. D^a Inés, que nada sentía en su corazón, acechaba el momento de indicar al duque sus proyectos, segura ya de que nada esponía.

—Contaban en la corte—decía el duque á D^a Inés—que habías en un tiempo amado á Valenzuela.

—¿Yo?

—O al menos que él buscaba tus amores.

—Puede eso haber sido, pero no se gloriará de haberme visto blanda á sus requiebros.

—Eso mismo había yo dicho, aunque se dice que hombre de gran fortuna es para con las damas Valenzuela, como lo podrá asegurar S. M.

—Y á propósito de S. M. y de Valenzuela, ¿será posible que al padre Nitardo haya sucedido este hombre, y que se burle así de toda la nobleza y del príncipe?

—¿Qué remedio queda? S. M. no prescindirá de este como de su confesor, que con éste la ligan otros vínculos más tiernos y más estrechos, y paréceme á mí que éste no se espantará del príncipe D. Juan aunque le mirara llegar con triple número de gente de la que trajo para derribar al otro.

—Triste suerte la nuestra, que de sufrir tenemos siempre en la corte el dominio de un hombre que no es el rey.

—Eso cesará tan pronto como S. M. el rey Carlos empuñe por sí las riendas de la monarquía.

—¿Y eso estará lejos?

—Creo que sí, por desgracia.

—Y si alguien quisiera, podría acortar el plazo.

—¿Y quién será ese?

—¿Quién? el duque de Alburquerque.

—¿Yo, D^a Inés?

—Sí.

—¿Pero cómo?

—¿Quiénes rodean al joven rey? tú, el almirante de Castilla y el duque de Medina-Caeli. Si todos tres, quisieras, el rey se decidiría á gobernar por sí, y llamaría á su lado al príncipe D. Juan, y acabaría esa tutela en que á la España y á él tiene D. Fernando de Valenzuela: ¿el rey, aunque joven, tiene inteligencia suficiente para hacerle comprender el mal y el remedio?

—Sí que la tiene.

—Pues bien, unios los tres; convencedle, y salvais la monarquía.

El duque se puso pensativo, y quedaron ambos en silencio.

—Tienes razón, Inés mía—dijo al fin el duque—tienes razón; tú has pensado mejor que nosotros; hablaré al duque y al almirante; creo que no tendrán inconveniente en ayudarme y conseguiremos del rey que se emancipe de esa tutela, que llame al príncipe: es un pensamiento feliz.

—Pues Dios te conceda, duque, la energía suficiente para llevarla á cabo.

—Pensando en que mi amor me la ha inspirado, no desmayaré

—Y entonces seré enteramente tuya, te lo prometo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

¿Y si sucumbo en la empresa? ¿y si el valido de la reina triunfa? ¿y si yo tengo que huir á ocultar mi desgracia y mi derrota?

—Entonces tambien seré tuya.

—¿Es decir que tú no exiges de mí, Inés, mas que el combate, la lucha, cualquiera que sea el éxito?

—Sí, con tal que luches con fé y con enerjía.

—Lo verás, porque voy á luchar, porque tú lo quieres y porque la causa es noble y justa.

El duque, verdaderamente entusiasmado, salió de la casa de D^a Inés, decidido á todo.

VIII.

Como Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna.

RAPIDA ha marchado nuestra narracion, pero no por eso debe creerse que el valimiento de D. Fernando y sus amores pasaron pronto y duraron poco.

Los acontecimientos referidos se comprenden y se saben en un instante, aunque para verificarse hayan necesitado medio siglo.

Y es porque el espíritu del hombre fué hecho á semejanza de Dios: con un solo pensamiento lo abarca todo, menos el infinito: lo comprende todo, menos la eternidad; la eternidad y el infinito son las frutas vedadas al entendimiento en el paraíso del espíritu; están reservadas para la divinidad.

Algunos, como Adan, han pretendido tocar el árbol vedado: la serpiente del orgullo les ha seducido; han llegado á tocar los umbrales del misterio, y al volver el rostro escuchando la risa de los demás hombres, han comprendido que estaban locos, que habian perdido la razon, es decir, el Eden.

Pero en las cosas del mundo no sucede lo mismo.

La historia de un siglo la puede conocer un hombre en una semana, la de un reinado en un día, la de un hombre en una hora.

En el tiempo necesario para decirlo, el hombre ve cien años en esta palabra "siglo."

¿Y le alcanzaria toda su vida para verlos pasar realmente?

Es porque el alma, menos la eternidad, el infinito, todo lo vé pequeño.

El cuerpo todo lo siente grande, porque no tiene mas que sentidos, y los sentidos son en sus facultades muy limitados.

Así sin querer casi hemos encerrado en unas cuantas hojas, largos años de fortuna y de felicidad para el amante de D^a María Ana de Austria.

D. Fernando de Valenzuela habia llegado en valimiento á donde nunca llegó el padre Nitardo.

Pero Valenzuela procuraba hacerse amar, buscaba instintivamente apoyo, deseaba conseguir eso que hoy se llama popularidad.

Tan luego como sintió en sus manos el poder, secretamente dando fuertes cantidades de su caja particular construyó varios edificios, hizo reponer las fachadas del palacio, hizo abastecer abundantemente á Madrid para que todo estuviese barato.

Hacia representar comedias hechas por él, en las que el pueblo tenia entrada gratis.

Daba frecuentes corridas de toros para tener entretenida á la gente, y mandó fabricar el puente de Toledo sobre el Manzanares.

Los pobres tenian alimentos baratos, trabajo y diversiones, y el pueblo estaba contento con Valenzuela.

Pero el pueblo suponía muy poco: la nobleza era la que contaba con la influencia, y la nobleza no podía querer á Valenzuela.

Para la nobleza, aquel hidalgo era casi un plebeyo, y quizá le perdonaban su elevacion y sus riquezas y sus honores y el amor de la reina, á pesar de que cualquiera se soñaba mas merecedor de todo eso que él; pero lo que de seguro ninguno de ellos podía sufrir era su talento, la superioridad de su ingenio.

No hay cosa que irrite mas á las medianías que el triunfo de la intelijencia, porque nunca se convencen de que les falta, y la envidia, que es el peor de los vicios, es el mas diligente de los consejeros del mal.

Valenzuela, como hombre superior, vivía rodeado de enemigos.

Sin embargo, ocupado constantemente en sus trabajos, dedicando sus horas de descanso á las tiernas y amantes pláticas de la reina, y no pensando sino en un porvenir de felicidad, D. Fernando no presentia siquiera que la tempestad misma que habia hundido al padre Nitardo se estaba formando sobre su cabeza.

Una mañana muy temprano, D. Antonio de Benavides entró á ver á D. Fernando.

—Buenos dias—le dijo Valenzuela al verlo—qué temprano andas por aquí.

—Quizá sea tarde ya—contestó Benavides.

—¿Tarde? vamos, á tí te ha pasado algo; tienes el rostro demudado y tomas un aire tan trágico.

—Es que hay cosas que me indignan.

—¿Te he hecho yo algo por desgracia?

—Tú no, D. Fernando, porque eres incapaz de ofender

á nadie deliberadamente, pero por eso mismo es mayor mi indignacion.

—Espílicate.

—Quisiera yo callar porque temo causarte un profundo disgusto.

—No temas, siempre es bueno oír la verdad, aunque amargue.

—Pues bien, mira este papel que he arrancado de uno de los muros de palacio.

D. Fernando tomó el papel y le leyó. Era un pasquin con grandes letras escrito y que decia entre otras cosas:

• “Sermones que han de predicarse en esta cuaresma del año del Señor de 1677.”

“Feria 4ª Predican Valenzuela y el vice-canciller: *memento homo quia pulvis es et in pulvere reverteris.*”

Dominica 1ª Valenzuela al príncipe D. Juan: *Hæc omnia tibi dabo si adoraveris me.—Vade retro Satanas.*

Feria 6ª Valenzuela: *Homo quidam erat dives Induevatur purpura.*

Dominica 3ª La monarquía predica el mudo, y el señor D. Juan echando á Valenzuela.”

D. Fernando se puso tambien pálido al ver aquel pasquin, que no contenia sino insultos para él y que no indicaba sino mala voluntad y amenazas completamente des-
embozadas.

—¿Lo ves, D. Fernando, lo ves?—esclamó Benavides rechinando los dientes y apretando los puños—son unos infames, unos ingratos.

—Sí—dijo melancólicamente Valenzuela—son unos ingratos, ¿yo qué les he hecho sino beneficios? es verdad que podrán decir que yo no merecia este lugar y esta fortuna,

bien! pero desde que Dios me trajo aquí, ¿he usado yo de este poder para perjudicar á alguien?

—Pero no te apenes....

—¿Que no me apene, Benavides? sabes tú lo que es sentir el dardo de la ingratitud? ah! la ingratitud es un crimen horrible que no solo hiere al alma, sino que la envenena; la ingratitud es el lazo que tiende el infierno á las almas nobles para perderlas; sí, Benavides, porque el corazon que ha hecho bien y sufre la ingratitud, está mas próximo á caer en el vicio por este dolor, que si con halagos y dulzuras le llamaran al mal; porque la ingratitud produce el despecho.

La primera nube habia pasado por el cielo de la fortuna de D. Fernando.

No creia él que todo el mundo le amaba, pero sí estaba seguro de no haber hecho mal á nadie, y esperaba que nadie le aborreciera.

Aquel pasquin le alumbraba un cuadro en que él no habia pensado.

Se consideró entonces en la misma situacion que el padre Nitardo: aborrecido, despreciado.

Benavides adivinó todo lo que pasaba en el corazon de su amigo y se retiró.

Entretanto el proyecto de Dª Inés habia tenido eco, y el rey Carlos II sentia ya por todas partes el odio que se respiraba en su casa contra el valido.

Ninguno de cuantos le rodeaban dejó de tomar su parte en la conspiracion.

Los unos porque no habian recibido favor de Valenzuela, y los mas encarnizados porque lo habian recibido.

En el mundo, y sobre todo, en política no hay mejor modo de hacerse de enemigos que hacer favores.

Cuando un hombre llega á una posicion brillante y encumbrada, puede asegurar sin temor de equivocarse, que cuantos ha elevado se tornarán en enemigos suyos el dia en que su poder vacile, en que su astro se eclipse.

Y de estos enemigos serán los mas fieros los que con menos méritos hayan recibido mas grandes servicios.

Es que con esto se forman ellos un paracaida.

Es que con sus gritos, sus calumnias y sus dicterios al que cae, quieren hacer olvidar que por él subieron.

Así sucede, y nadie toma esperiencia en la historia, necesita adquirirla á costa de sí mismo.

No mas que esta esperiencia cede en perjuicio del corazon, lo endurece, lo pierde.

Y los hombres se vuelven malos y si llegan á subir al poder despues de una de estas lecciones, no son ya los mismos que antes eran, y no habrá que culparlos, porque lo que entonces hagan no será venganza, sino justicia.

Solo una reflexion puede consolar.

Que el hombre se asemeja mas á Dios, á medida que ha hecho mas ingratos. Feliz el que ha sufrido mil ingratitudes porque es la prueba de que ha hecho mil beneficios.

D. Fernando de Valenzuela habia procurado el bien de muchos; por eso muchos procuraban la caida de Valenzuela.

El rey Cárlos II habia llegado á odiarle tambien instintivamente, y él era hombre de rencores bastante profundos.

Por su parte; el almirante de Castilla y el duque de Medina-Cæli, escitados por el duque de Albuquerque, fomentaban ese odio.

D^a Inés era el alma de todo.

Se disponia una rejia partida de caza y D^a Inés tuvo deseos de asistir.

El jóven rey debia encontrarse en la partida, y allí estaria tambien D. Fernando de Valenzuela.

D^a Inés de Medina queria ver aquel encuentro.

Por parte de su padre el marqués de Rio-florido, la dama no encontró absolutamente obstáculo; el marqués tenia gusto en esa clase de reuniones que son siempre en la corte motivos de intrigar, y vasto campo de domésticas conspiraciones.

IX.

De lo que el Rey Carlos II hizo con D. Fernando de Valenzuela en una cacería

REPARATIVOS muy grandes se hacian en la corte para asistir á una cacería, en la que por primera vez iba á presentarse el rey. Damas y caballeros debian ser de la partida, y toda la nobleza se daba el parabien y se disponia para aquella fiesta.

Amaneció por fin el deseado dia: la reina no concurría, pero sí Valenzuela.

Apenas la luz triste de la mañana comenzaba á blanquear los horizontes y ya en palacio se sentia un grande y extraño rumor.

Los patios estaban llenos de arrogantes caballos enjaezados con riquísimos arneses, en los que brillaban el oro, la plata y la seda.

Las damas con graciosos sombrerillos, sobre los que se ajitaban pintadas plumas, esperaban el momento de la partida, recojiendo con una mano las largas caudas de sus vestidos y llevando en la otra un latiguillo con puño de oro ó de piedras preciosas.

Aquella no era la comitiva del rey: era la que debia marchar á encontrarle acompañando á D. Fernando de Valenzuela.

Todos comenzaban ya á impacientarse porque el favorito les hacia esperar y por lo bajo se decia que estaba en la cámara de la reina.

En efecto, D. Fernando hablaba en aquellos momentos con D^a María Ana.

El favorito vestia un rico traje negro bordado de plata, y en su sombrero ondeaban plumas negras y blancas; esto era como se decia en la corte la librea con los colores de la reina.

La reina vestia un amplio peinador de seda blanca, y sus cabellos, escapándose de una redecilla que los aprisionaba, caian sobre su blanco cuello y sobre sus hombros mal cubiertos por el peinador.

—Valenzuela—decia la reina—no sé por qué estoy triste, he pasado una noche horrible; he soñado cosas espantosas, mi dueño.

—¡Soñabas, amor de mis amores, que ya no me amabas?

—¡Oh! hay cosas que ni en sueños se pueden ver, y si hubiera soñado tal cosa, bien mio, el mismo sueño me habria ahogado.

—¡Qué buena eres, señora; y cuánto te amo!

—Pues mira, soñaba que te veía..... no..... era un bosque: allí cruzaban hombres desconocidos para mí, y entre ellos uno que yo no conocia, pero que sentia yo por él cierto cariño que no puedo explicarte. . . . yo no estaba allí, pero no sé cómo le pregunté á uno de los que pasaban quién era aquel hombre, y él me dijo: ¡es la sombra del rey Felipe III! . . . Luego; aquella sombra pasó á tu lado, diste un grito

y te ví caer cubierto de sangre. aquel que te había herido estaba fuera del alcance de mi furor. ¡Por Dios! Valenzuela; tú que tienes tan claro talento espícame ese sueño, porque me ha preocupado mucho: ¿qué significa?

—Señora mía, no hagas caso de esos sueños que nada significan.

—Es verdad, y nunca había yo pensado en ellos, pero te amo tanto, Valenzuela, que cualquiera cosa que tiene relación contigo, me afecta, me preocupa. . . . y ese sueño. . . . ese sueño. . . . no sé por qué no puedo olvidarle un instante.

—Cálmate, amor mio; tú no sufrirás ninguna desgracia, porque no la mereces y Dios es justo.

—Espero y confío en El, Valenzuela.

D. Fernando tomó de un sitio su sombrero que había dejado allí, y se levantó.

—¿Te vas, mi bien?—dijo la reina.

—Sí, el día avanza; me esperan muchas personas, y quizá el rey estará ya impaciente por mi tardanza.

—Me quedo muy triste, muy triste.

—¿Todavía el sueño?

—El sueño ó no sé qué siniestro presentimiento ¡ojalá no fueras tú á esa cacería!

—Imposible, señora; sería dar en la corte un escándalo; el rey lo atribuiría á una gran falta á su persona, y esto te traería á tí, señora, tristes consecuencias.

—Entonces anda, mi bien, pero cuídate mucho, si algo te sucediera, moriría yo de pena.

—Adios, señora y reina mía.

—No tu reina; tu amada, tu amada.

Valenzuela salió garbosamente de la estancia y la reina

le siguió amorosamente con la mirada, luego con el oído; y cuando ya se perdió el eco de sus pisadas en los entablados salones, le acompañó con el alma.

Cada día amaba mas D^a María Ana de Austria á Valenzuela, y cada día Valenzuela estaba mas apasionado de la reina.

Apenas el favorito se presentó en los salones, cuando se sintió un rumor extraordinario: damas y caballeros se levantaron de sus asientos con respeto, pero no miraban para donde venia D. Fernando; algo les llamaba la atención por el extremo opuesto.

Valenzuela, extrañando aquello, avanzó con rapidez: á pocos pasos se encontró repentinamente con el mismo Carlos II en persona, que llegaba seguido de una gran comitiva.

Carlos II, como todos los hijos de Felipe IV, tenia una naturaleza débil y enfermiza; su rostro era pálido y anunciaba un mal oculto que debía hacerle padecer durante toda su vida.

D. Fernando se adelantó al encuentro del rey, quitándose cortesmente el sombrero.

—Valenzuela—dijo el rey con ese aire impertinente de los niños aristócratas—creí que yo era el que debía pasar por tí.

—Perdóneme V. M.—contestó Valenzuela turbado—pero mis ocupaciones. . . .

—No hay ocupaciones cuando se trata de mi servicio.

Y dando la vuelta sin esperar respuesta, bajó las escaleras y montó á caballo, seguido de toda la nobleza.

Toda aquella lucida comitiva se dirigió para el Escorial, en donde iba á verificarse á otro día la batida.

D. Fernando iba preocupado, procuraba disimular, sin embargo, y caminaba al lado del rey, el cual por su parte, parecia tener el mejor humor, y el acontecimiento de la mañana se habia casi olvidado.

Sin embargo, aquel acontecimiento, referido por varios testigos, llegó hasta los oídos de la reina por conducto de D^a Eujenia.

—¿Sabe ya V. M. que el rey nuestro señor ha estrañado á Valenzuela?—dijo D^a Eujenia.

—No le he sabido—contestó la reina comenzando á sentir cierta inquietud—refiéreme lo que sepas.

—Es muy poco lo que yo sé, pero con ello creo que es bastante para que Valenzuela pase un dia horriblemente penoso.

—Refiéreme, refiéreme cuanto sepas—repitió la reina, no disimulando ya su turbacion.

—S. M. el rey, advirtiéndole que Valenzuela no salia de palacio esta mañana, y que él aguardaba ya, vino en su busca, diciéndole indignado, y delante de toda la corte, algunas frases muy duras.

—¡Dios mio! ¿y qué hizo Valenzuela?

—Avergonzado, calló, señora, y siguió á S. M.

—Debe estar en una posicion muy embarazosa y es preciso sacarle de ella. Eujenia, al Escorial.

Y la reina sin esperar mas, comenzó á dictar sus órdenes.

Una hora despues, D^a María Ana salia de Madrid en una carroza acompañada de D^a Eujenia y escoltada por cien jinetes, y se dirijia tambien al Escorial.

La llegada de D^a María Ana al real sitio fué motivo de gran novedad entre la nobleza, y dió lugar á que se des-

atara la murmuracion; pero sobre todo, el caprichoso Cárlos II lo sintió sobre manera, porque en aquella fiesta queria ser el solo rey, y la presencia de la reina madre venia, por decirlo así, á eclipsarlo.

Al ver á su madre, el jóven rey salió á su encuentro, y la recibió con muestras del mayor afecto y respeto.

Cárlos II era desde su mas tierna edad disimulado y malicioso.

Amaneció el dia siguiente, y se dispuso la salida á la carcería.

El rey andaba ya en esos dias cumpliendo diez y seis años, y aunque en otro jóven, edad era para ser un mancebo robusto, Cárlos conservaba por su misma debilidad algo de la niñez.

Sin embargo, sus miradas indicaban que comenzaba á sentir en su corazon la sangre de la juventud.

Entre todas aquellas damas quizá no habia una que pudiera competir en hermosura y garbo con D^a Inés de Medina.

Vestia con estraordinaria elegancia, y una amazona no hubiera rejido con mas vigor y entereza el soberbio potro cordovés que montaba en la mañana de la batida.

Sus ojos despedian fuego y entre sus labios rojos y frescos asomaban sus dientes blancos y brillantes.

Cárlos II fijó en ella sus miradas, y procuró vencer su natural timidez acercándose á ella como por casualidad.

Casi podemos decir que D^a Inés era maestra en amores y que no la faltaban reglas para cada caso especial: ella, ademas, habia calculado que debia llegar aquel momento y estaba preparada.

El rey llegó por fin á colocarse junto á la dama, que ar-

regló el paso de su caballo al del corcel que montaba Su Majestad.

Cárlos no hablaba, y se conformó largo rato con mirar á D^a Inés, que puso en juego silenciosamente todos sus encantos.

Algunos cortesanos caminaban cerca de ellos, y Cárlos parecia impacientarse, porque dirigiéndose á la jóven, la dijo como si ya estuvieran de acuerdo:

—¿Al galope?

Mucho indicaba ya eso; y D^a Inés y el rey pusieron á galope sus caballos, separándose así un tanto de la comitiva.

—¿Señora, sois casada?—preguntó tímidamente el rey.

—Principiante es en amores el rey—pensó D^a Inés—pero promete esperanzas—y luego contestó en voz alta—no señor.

—Hermosa sois, ¿y vuestro nombre?

—Atrasado anda en noticias Su Majestad—pensó D^a Inés—Inés—Inés de Medina—dijo en voz alta—hija del marqués de Rio-florido.

—Hermosa sois—volvió á decir Cárlos, sin saber por dónde comenzar—¿y teneis amante?

—Hasta ahora, no señor.

—¿Y desearíais tenerlo?

—Si no fuera rey y novel amante, esta pregunta era para no perdonársela—dijo entre sí D^a Inés—pero en fin, viene por buen camino, y pronto.

—Contestadme—insistió Cárlos—¿desearíais tener un amante?

—Señor—contestó D^a Inés haciendo un dengue encantador—segun quien fuese.

—Por ejemplo....yo—dijo Cárlos haciendo un esfuerzo sublime de valor.

—No se anda con rodeos en su primera empresa; así me gusta y así debe contestarse: el todo por el todo—pensó D^a Inés.

—Vamos, ¿callais?—dijo Cárlos.

—¿Me permite V. M. hablarle la verdad?

—Sí—dijo con timidez Cárlos esperando una repulsa.

—Señor, para mí seria una ventura inmensa ser amada por Vuestra Majestad, y yo seria capaz de adorarle; pero...

—¿Qué os lo impide?—esclamó el rey con vehemencia.

—Tengo miedo á la reina mi señora y á Valenzuela.

Cárlos II se puso lívido de la cólera, y sus ojos arrojaron llamas: D^a Inés habia tocado en la llaga y casi se espantó de su audacia.

—¿Temeis eso? pues haceis mal; aquí yo soy el rey, y yo no consentiré que nadie se atreva á tocaros; mi corazon se ha inflamado al veros, y yo quiero amar y ser amado; lo quiero; soy el rey, y queriendo vos nadie podrá oponerse.

—V. M. tiene razon, es el rey, pero V. M. aún está bajo de tutela.

—¿Señora, me amais? respondedme.

—Pero y....

—Respondedme, que lo demás corre de mi cuenta: quiero ser el rey, y vereis como sé serlo.

—Ojalá, señor.

—¿Me amais, señora?

—Así sí, señor; pero por Dios que V. M. guarde el secreto.

—Soy rey y caballero.

En este momento la cabalgata llegó cerca de ellos, y la conversacion se suspendió.

Cárlos II se sintió desde aquel momento poseido de esa fatuidad que se apodera de un jóven cuando ha hecho su primera conquista.

Cárlos se creyó ya un hombre.

Por una de las enrucijadas del bosque apareció un ciervo perseguido por cazadores y perros.

El pobre animal caminaba fatigado, y el espanto era lo único que le daba fuerzas; el montero mas torpe podía haberle muerto.

Ese momento se aguardaba para que el rey tomara parte activa en su persecucion.

El montero mayor entregó á Cárlos una primorosa escopeta incrustada de oro y de nácar, cargada y lista para hacer fuego.

El rey la tomó: un relampágo de alegría infernal pasó por sus ojos y se lanzó en pos del fujitivo ciervo, diciendo á D^a Inés:

—No os separeis de mí; venid.

Aquella frese era mas bien la espresion de un niño en caprichado con un juguete que el arranque de una alma enamorada.

D^a Inés aguijó á su caballo y se lanzó tambien en seguimiento del ciervo.

El animal rendido corria penosamente, y apenas podia con su ajitado pecho romper la maleza que se oponia á su marcha.

El rey estaba muy cerca cuando el ciervo se detuvo un instante: el rey paró su caballo, y D^a Inés hizo lo mismo; pero D. Fernando de Valenzuela que iba distraido no lo

advirtió y dejando pasar á su caballo avanzó algunos pasos delante del rey.

Cárlos con un movimiento rapidísimo bajó su escopeta, brilló un fogonazo, se oyó el estallido y D. Fernando de Valenzuela vaciló en la silla y se puso extraordinariamente pálido.

—¿Te he hecho mal, Valenzuela?—esclamó Cárlos tirando la escopeta y adelantándose como espantado á donde estaba D. Fernando.

—No ha sido esto nada, señor: V. M. puede seguir al ciervo, que está ya muy fatigado.

A pesar de aquella finjida sangre fria, todos notaron que D. Fernando estaba lívido, y muchos cortesanos se bajaron de sus caballos para acercarse á él.

Aún era D. Fernando en aquellos momentos el primer ministro y el favorito de la reina.

—¡Sangre!—esclamó imprudentemente un caballero.

Por uno de los estribos de la silla de Valenzuela se desprendia un hilo constante de sangre.

Entonces sí pareció demudarse el rey, y dando la vuelta se separó de allí seguido de D^a Inés y de algunos cortesanos.

Una multitud de personas quedaron rodeando á Valenzuela.

—¿Qué quereis?—dijo Cárlos á D^a Inés— vos lo habeis visto; no depende del hombre dar perfectamente en el objeto á que apunta.

Para los cortesanos tenian aquellas palabras el sentido de una disculpa por haber herido á Valenzuela.

Dirijidas á D^a Inés se interpretaban como una disculpa por no haber dado suficientemente bien á Valenzuela.

Un montero pálido llegó á dar la noticia á la reina, que

esperaba en palacio rodeada de sus damas, la vuelta del rey y de su comitiva.

El montero, que traía según le parecía á él, una misión importante, no había cuidado de la etiqueta y llegaba hasta la reina.

—Habla—le dijo S. M. al verle llegar—¿qué hay?

—Señora, S. M. el rey mi señor ha herido de un balazo...

—¿A quién?....

—Al marqués de S. Bartolomé de los Pinales.....

—¡Dios mío!.... mi sueño.... mi sueño.... dijo la reina, y cayó desmayada en brazos de sus damas.

X.

De cómo Doña Inés consiguió lo que deseaba con el rey.

L desmayo de la reina, que ciertamente no había estado en su mano el evitar, fué interpretado maliciosamente por los cortesanos: se tomó como la declaración oficial de sus amores con Valenzuela.

La fiesta por supuesto se terminó con disgusto de todo el mundo, y la reina volvió á Madrid, llevándose al herido.

El príncipe permaneció aún aquel día en el Escorial, y los cortesanos inquietos sobre el partido que debían tomar unos siguieron á la reina y otros se quedaron con D. Carlos.

El marqués de Rio-florido, con su hija, fué de estos últimos.

El rey indicó al marqués su deseo de que permaneciera en el Escorial aquella noche, y el marqués, además del interés que tenía por ganarse la confianza de Carlos, aborrecía á Valenzuela considerándolo sucesor del padre Nitardo, y creía con esto darle una muestra de desprecio.

D^a Inés conoció la intención de Carlos: el joven rey era